



Spanish Fort, Alabama, 24 de julio de 2026

Este es tu tiempo del fin

Saludos cordiales una vez más amigos, hermanos, compañeros de trabajo, familia espiritual, e hijos de Dios dispersos desde aquí en la Costa del Golfo en el sur de Alabama. Mi esposa y yo oramos y esperamos que estén bien y que su semana haya sido bendecida.

De vez en cuando, compartiré, con permiso, material de otros escritores que comparten la misma visión del Reino de Dios. Lo siguiente se reproduce íntegramente de Amanda Stiver, conocida como "History Gal" (Chica de la Historia), a través de un blog en el que ella y su padre colaboraron, publicado en el "Arrowhead Journal" (Diario de la punta de fleche). Fue publicado el 14 de julio y se titulaba "Este es tu tiempo del fin".

[Durante sus años de servicio como ministro de Jesucristo, mi padre, Randy Stiver, a menudo reflexionaba sobre ciertos temas, entre los que destacaba el "año de las últimas cosas". Todo comenzó con una lección aprendida durante sus años en el Ambassador College (Colegio Embajador) de Bricket Wood, Inglaterra, cuando un profesor le preguntó si realmente estaba disfrutando de su "año de las últimas cosas" como estudiante de último año. Último baile, último estudio bíblico, último sábado, todas las "últimas" cosas de su experiencia universitaria.

Pero a medida que él reflexionaba sobre ello, y lo comentábamos en familia, la idea fue cobrando una dimensión mucho mayor que la de las simples experiencias de juventud. Adquirió un tono más serio: ¿valoramos realmente todas las bendiciones de Dios en nuestras vidas, sabiendo que desconocemos el día y la hora de nuestra muerte? Cualquiera de nosotros podría estar atravesando su "año de las últimas cosas". Sin duda, el 2026 fue el "año de las últimas cosas" para mi padre, conforme a la voluntad de Dios.

Más importante aún, dado que sabemos según el plan divino, que quienes hemos sido llamados disponemos de esta única vida para responder a nuestra vocación,

nuestro propio “año de las últimas cosas” adquiere una trascendencia infinitamente mayor. En esta vida tenemos una elección: podemos optar por el camino de Dios bajo sus condiciones o bien rechazarlo. Si se examina detenidamente, realmente no existe una opción intermedia en la que podamos seguir el camino de Dios, pero según nuestros propios criterios. O es una cosa o es la otra; no hay medias tintas.

Cuando el “año de las últimas cosas” se convierte en nuestro propio tiempo del fin

Recuerdo que, durante un sermón sobre el año de las últimas cosas, papá llevó ese razonamiento hasta su conclusión lógica. Si la duración de nuestra vida es la prueba de nuestro verdadero compromiso con Dios, entonces, por extensión, el final de nuestra vida constituye nuestro propio “tiempo del fin” personal.

La mayoría de nosotros concebimos los “tiempos del fin” como un breve periodo que precede a los últimos días: una etapa de conflagración mundial y tribulación, de la justicia divina propia del Día del Señor y, en última instancia, del retorno de Jesucristo. Esos acontecimientos se producirán y serán el momento decisivo para las generaciones que estén vivas cuando ocurran (quizás incluso la nuestra), pero si nos convencemos de que podemos vivir una existencia veraniega interminable de “buenos tiempos”, siendo amigos oportunistas de la Ley de Dios y su forma de vida, y luego “si las cosas se ponen realmente serias, proféticamente” nos ponemos en forma con la esperanza (posiblemente vana) de que Dios nos protegerá, nos estamos engañando a nosotros mismos. Pasamos por alto la realidad de que ya estamos viviendo nuestro propio “tiempo del fin”.

Nuestras convicciones deben tener raíces más profundas que eso. Este es un llamado de vida o muerte. No estamos aquí solo para los buenos momentos, ni para la vida social, ni para los viajes placenteros a las Fiestas, ni para curiosear en cuestiones doctrinales, ni para [inserte aquí la distracción que prefiera]. Estamos aquí para la lucha de toda una vida, tal como lo expresó Pablo: *“Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros”* (Romanos 7:22-23).

Estamos aquí para vencer, porque solo existe una meta que realmente vale la pena: nuestro llamado a nacer en la Familia de Dios en el momento del regreso de Jesucristo. Esto debe moldearnos en cada paso de cada día.

Esto fue lo que motivó a mi padre, a lo largo de los años, a perseverar en la agotadora labor pastoral, especialmente cuando no todos se mostraban receptivos a los caminos de Dios, incluso dentro de la Iglesia de Dios. (Imagínese eso). No obstante, él anhelaba ver cómo ese motor de combustión interna, impulsado por la convicción y la fe verdadera, se mantenía en marcha en todas aquellas personas del pueblo de Dios con las que trabajó a lo largo del tiempo. Volcaba toda su energía en la predicación, tratando de avivar el Espíritu de Dios en los demás; a veces lo lograba, pero en otras ocasiones la tarea se sentía como una interminable cuesta arriba.

Hermanos bereanos que he conocido

Sin embargo, existe un pequeño grupo de hermanos que, para él, para mi madre y para mí, resultaron ser una fuente inagotable de ánimo a lo largo de los años; incluso llegaron a inspirar nuestra propia fe. Entre ellos se contaban mis propios bisabuelos y abuelos.

Eran personas que pertenecían, fundamentalmente, a otra generación. Vivieron antes de la revolución digital e, incluso algunos de ellos, antes de la revolución eléctrica. Recuerdo a algunos de cuando yo era muy joven, aún no había cumplido los diez años; ellos ya rondaban los ochenta años o superaban esa edad, acercándose al siglo de vida hacia finales de la década de 1980. El mundo de su juventud ofrecía menos distracciones, y poseían una capacidad singular para centrarse en lo verdaderamente importante. Muchos provenían del ámbito agrícola, por lo que la paciente perseverancia necesaria para cultivar la tierra y cuidar del ganado formaba parte intrínseca de su manera de ver la vida.

Cuando llegaron a conocer la verdad de Dios —en aquel entonces, gracias a la labor de Herbert W. Armstrong y la Radio Church of God, que más tarde pasaría a llamarse Worldwide Church of God (Iglesia de Dios Universal) — y tras haber comprobado su veracidad en sus propias Biblias, adoptaron una actitud de valorar

esa verdad como una “perla de gran precio”. Eso era todo: habían hallado la verdad, y muchas de las otras distracciones de la vida a las que la gente aspira ya no les interesaban realmente.

Les encantaba hablar de la verdad, especialmente tal como se exponía en la literatura de la iglesia de aquella época. Disfrutaban conversando sobre lo que leían en sus Biblias; no para polemizar ni para entretenerse con diversas interpretaciones o interpretaciones erróneas, como suele ocurrir a menudo, sino para maravillarse profundamente y sentir gratitud al ver que Dios les había revelado la plenitud de su plan de salvación para toda la humanidad, y ello durante su propia vida. Sabían que, si permanecían fieles hasta el fin, ellos también formarían parte de la propia Familia de Dios, viviendo así una existencia dotada de un propósito supremo, difícil de concebir para nuestra mente.

Sabían el costo y el precio de estar preparados para su propio tiempo del fin. Uno de ellos había sido pastor en una iglesia cristiana tradicional durante toda su vida y solo llegó a comprender verdaderamente las Escrituras en la vejez. Sin embargo, las abrazó con absoluto entusiasmo. Conocía el costo y el valor de la verdad de Dios.

Su recuerdo aún me inspira, al igual que el compromiso inquebrantable de mi padre de enseñar el camino de Dios, incluso cuando su salud se deterioraba en el hospital. De la misma manera que me inspira el testimonio de los fieles en la Biblia, y el compromiso, la lucha y el sufrimiento que vivieron los apóstoles. De la misma manera que el sufrimiento y el compromiso de Jesucristo deberían inspirarnos a todos.

Vivan como si este fuera su "año de los últimos tiempos", como si su propio tiempo del fin estuviera cerca. Miren hacia adelante. Siempre hacia arriba, como solía decir mi padre. No se arrepentirán. No nos arrepentiremos.]

¡Amigos, brazos arriba! Nuestras oraciones y pensamientos están con ustedes todos los días. Por favor, oren por nosotros.



T. S. Hoefker

(Pastor principal, *Ministerios de la Iglesia de Dios*)

E-mail: tshoefker@coqministries.org / Sitio en Internet: www.coqministries.org

Teléfono en oficinas: 251-930-1797 / P.O. Box 983, Daphne, AL 36526-0983